

tas oraciones. S. Justino nos enseña que en las asambleas cristianas los diáconos distribuían la Eucaristía á los asistentes y la llevaban á los ausentes.

Basnage ha hecho mas; en su *Hist. de la Iglesia*, l. 14, c. 9, § 8, sostiene que los diáconos consagraban la Eucaristía lo mismo que los sacerdotes; lo prueba: 1.º Porque S. Ambrosio, de *Offic.*, l. 1, c. 41, refiere que S. Lorenzo, diácono de Roma, dice á san Sixto, á quien se conducía al suplicio: « Vos que me habeis confiado la consagración de la sangre de Jesucristo, me rehusais la libertad de derramar mi sangre con la vuestra? » 2.º Porque el concilio de Arles, celebrado á principios del siglo IV, *cán. 15*, prohibió á los diáconos *ofrecer*: ahora bien, dice Basnage, *ofrecer* es lo mismo que *consagrar*. El concilio de Ancyra, celebrado al mismo tiempo, *cán. 2*, impone como castigo á los diáconos que faltaban en algo, el no *ofrecer* ya ni el pan ni el cáliz. 3.º Porque S. Jerónimo escribió que los diáconos habían sido privados del poder de consagrar por el concilio de Nicea. Luego gozaban de él antes del siglo IV.

Pero por poca instrucción que setenga de la disciplina observada durante los tres primeros siglos de la Iglesia, será fácil convenirse de que las funciones de los obispos, las de los sacerdotes y las de los diáconos jamás se confundieron. S. Clemente de Roma, en su *primera carta á los corintios*, núm. 40, supone que los obispos, los sacerdotes y los diáconos fueron establecidos por Jesucristo, por el modo del pontífice de los sacerdotes y levitas de la ley antigua: ahora bien; la función de los levitas jamás fué el *ofrecer* sacrificios, sino asistir á los sacerdotes en este ministerio. Beveridge, sobre los *cánones de la Iglesia primitiva*, lib. 2, c. 41, § 9.

Basnage no ha citado fielmente el pasaje de san Ambrosio; dice: « Vos que me habeis confiado la consagración de la sangre del Señor, y la participación en la consagración de los sacramentos, me rehusais, etc. » Es claro que aquí la *consagración de la sangre del Señor* significa la *cosa consagrada de la sangre del Señor* para distribuirla á los fieles. Era efectivamente la función de los diáconos distribuir al pueblo el pan y vino consagrados, pero no hacer la acción de consagrarlos; lo probaremos bien pronto. De la misma suerte que en la Escritura una cosa ofrecida á Dios se llama *oblación*, una cosa consagrada á Dios puede también llamarse *consagración*, y con efecto así lo vemos. *Levit.*, xxvii y xxx.

Es verdad que cuando se habla de los obispos ó de los sacerdotes, *ofrecer* es lo mismo

que *consagrar*, porque la oblación es una parte esencial de la consagración; y tendremos cuidado de recordar esto á Basnage en su tiempo y lugar; pero hablando de los diáconos, ofrecer la Eucaristía al pueblo, no es consagrar. « Después de conducida la ceremonia, dice san Cipriano, *De lapsis*, p. 189, el diácono empieza á *ofrecer* el cáliz á los que están presentes. » Seguramente en este pasaje *ofrecer* no es lo mismo que *consagrar*. Así, cuando el concilio de Ancyra no quiere que los diáconos culpados *ofrescan* el pan ni el cáliz, es preciso entenderlo en el mismo sentido que S. Cipriano. Esto se prueba por el *cán. 48* del concilio general de Nicea, celebrado poco tiempo después del de Ancyra, que no quiere que los diáconos den á los sacerdotes la comunión. « No está en uso ni es regla, dice este concilio, que los que no tienen el poder de *ofrecer* den el cuerpo de Jesucristo á los que lo *ofrecen*. » Así S. Jerónimo no dice que el concilio de Nicea *haya privado* á los diáconos del poder de consagrar, sino que decidió que no le tienen, y no se puede probar que lo hayan tenido en ningún tiempo.

Convenimos que en el siglo IV algunos diáconos llevaban sus pretensiones hasta el exceso, y querían sobreponerse á los sacerdotes; no es de admirar que en muchos partes algunos tuviesen la temeridad de *ofrecer* la Eucaristía en el altar y consagrar; esto es lo que prohibió con mucha razón el concilio de Arles, porque no les pertenecía esta función; este concilio no estableció una doctrina nueva, no hacía mas que confirmar la antigua.

Supongamos por un momento que, en los pasajes citados, *ofrecer* y *consagrar* deben tomarse en el mismo sentido, nada resultará todavía en favor de los diáconos. Es verdad que en rigor tuvieron siempre parte, y tienen en el día en la oblación y consagración de la Eucaristía, porque asisten á los sacerdotes en esta función. El diácono hace con el sacerdote la oblación del cáliz, y recita la oración con él para la consagración; culta y descubre el cáliz, y acaso en otro tiempo lo tenía con él á la vez. Por lo tanto S. Lorenzo podía decir en este sentido; que le estaba confiada la *consagración* así como la participación en la *consumación* del sacrificio; por consiguiente el concilio de Ancyra privó de ambas á la vez á los diáconos culpados. Pero cuando los diáconos trataron de hacerlo solos como si hubiesen sido sacerdotes, se lo prohibió el concilio de Arles, y el de Nicea decidió que no tenían este poder. Todo esto se concede sin que se

deduzca nada á favor de los protestantes. Bingham, *Orig. eccl.*, l. 2, c. 20, § 8.

También se han originado otras contestaciones entre los protestantes con motivo de las funciones primitivas de los diáconos; pero no creemos necesario entrar en ellas. Aun cuando hubiese habido alguna alteración en la disciplina, nada se deduciría contra el uso actual de la Iglesia católica.

En ciertos monasterios se ha dado algunas veces á los economos ó despenseros el nombre de diáconos, aunque no estuvieran ordenados.

* **Dignidad.** Llámase *dignidades* todos los oficios que dan una categoría ó prerogativa distinguidas en la Iglesia; en el uso comun se entienden por esta voz las *dignidades* de los cabildos. Se dividen en mayores y menores; pertenecen á la primera clase el papa en primer lugar, y sucesivamente los cardenales, los patriarcas, arzobispos, obispos y abades; á la segunda el arcediano, el arcipreste, el chantre ó capiscol, el sacristán ó tesorero. Estas dos últimas *dignidades* no son en algunas iglesias mas que simples personados. Si se toma en rigor el nombre *dignidad*, no puede aplicarse mas que á los oficios á que va aneja jurisdicción, en cuyo caso solo habria al presente en ciertas diócesis el arcediano y el arcipreste. Pero basta que la *dignidad* de alguna preeminencia en el coro y exhibido para distinguirla del simple oficio.

No puede establecerse ninguna regla general para conocer la naturaleza de los oficios á que va aneja la *dignidad*, ni la categoría de las *dignidades* entre sí; dependo esto del uso, que es diferente segun las iglesias. Un oficio que es *dignidad* en una catedral, no lo es en otra; en algunas iglesias es el dean quien ocupa el primer lugar después del obispo, en otras el preboste, en otras el tesorero. En algunas partes la *dignidad* de chantre es la tercera; en otras la quinta ó sexta. Los honores y funciones de las *dignidades* no son menos diferentes que la categoría. (*Inocen. III, capitulo Cum olim, extra, de Consuet.*)

Los rescriptos de los papas siempre van dirigidos á personas constituidas en *dignidad*, y acerca de esto colócanse en tal número los canónigos de las catedrales.

La primera *dignidad* debe en las catedrales hacer las funciones en ausencia del obispo, y si el dignatario no quiere ó no puede, goza de este derecho la *dignidad* que inmediatamente le sigue. Así lo ha decidido muchas veces la sagrada congregación de ritos.

El concilio de Trento ha establecido lo per-

teneciente á las cualidades que se requieren para las canongías y *dignidades* de los cabildos. Hé aquí lo que en general manda el concilio en orden á las *dignidades*:

« Habiendo sido establecidas las *dignidades*, particularmente en las iglesias catedrales, para aumentar la disciplina eclesiástica, y con el designio de que los que las obtuvieran fuesen eminentes en piedad, sirviesen de ejemplo á los demás, y ayudasen officiosamente á los obispos con sus cuidados y servicios, debe esperarse con justicia que los llamados á ellas sean tales que puedan corresponder á su encargo. Ninguno pues será promovido en lo sucesivo á ninguna *dignidad*, cualquiera que sea, que tenga encargo de almas; que al menos no haya llegado á los veinte y cinco años; que no haya pasado un tiempo en el orden clerical, y que no sea recomendable por la integridad de sus costumbres y por una capacidad suficiente para el desempeño de sus funciones, conforme á la constitución de Alejandro III que empieza: *Cum in Cunctis*, (*See, XXIV, c. 12, de Reform.*) V. *Dictionnaire de Droit canon.*

Diluvio universal. Inundación general del globo terrestre que la Sagrada Escritura nos dice haber sucedido en la primera edad del mundo, hacia el año 1656 de la creación, segun el cálculo ordinario. Este acontecimiento, que está fundado en la historia sagrada, y por consiguiente en la teología en perfecta consonancia con la historia profana, con la historia natural y con la física, es uno de los artículos mas interesantes de que vamos á tratar, no solo á causa de los esfuerzos que han hecho los incrédulos para combatir su certeza, sino tambien por la multitud de sistemas é hipótesis que han imaginado para explicar los mismos que se precian de creer en la Sagrada Escritura.

Vamos pues á probar: 1.º que el *diluvio* ha sido *universal* en todo el rigor de la palabra; que ha cubierto de agua, no solo una parte de la superficie de la tierra, sino el gobo entero en toda su extensión; 2.º á hacer ver que los incrédulos no han opuesto aun á este hecho memorable ninguna objeción sólida; 3.º anadiremos algunas reflexiones sobre la inconstancia y extravagancias de las opiniones que hemos visto aparecer sucesivamente sobre este punto.

1. La prueba primera y mas convincente de la universalidad del *diluvio* consiste en el modo con que Moisés le refiere, juntamente con lo que precede y sigue á la narración del hecho. En el cap. 6 del *Génesis*, v. 7, dice Dios á Noé: « Yo destruiré toda criatura viviente

sobre la faz de la tierra, desde el hombre hasta los animales, desde los reptiles hasta las aves del cielo. » No podía ejecutarse á la letra esta amenaza, á menos que la inundación no fuese general, y no cubriese todos los sitios en que los animales, tales como las aves, hubieran podido refugiarse, v. 13: « El fin de toda carne viene delante de mí (ya á llegar muy pronto); yo destruiré la tierra y sus habitantes. Haced un arca para que os refugiéis en ella, » v. 17: « Yo haré caer las aguas del diluvio sobre la tierra para destruir toda criatura que vive debajo del cielo; todo lo que hay sobre la tierra perecerá. » La predicción no podía ser mas terminante ni general. Si Dios hubiera resuelto dejar en seco alguna parte del globo, sin duda hubiera hecho que se retrasasen allí Noé, su familia y los animales que debían conservarse, antes que mandar fabricar un arca para que se refugiases en ella.

No está menos clara y explícita la universalidad del diluvio en la descripción que de él hace Moisés, c. 7: « Cuando Dios hubo encerrado en el arca á los hombres y á los animales que quería salvar, se abrieron los depósitos del grande abismo, y cayeron lluvias del cielo, » v. 17: « Las aguas se elevaron sobre la tierra, é hicieron sobrenadar el arca: fueron inundadas las montañas mas altas debajo del cielo, elevándose el agua quince codos sobre las cumbres; toda carne viviente sobre la tierra, todos los animales, las aves, los cuadrúpedos, los reptiles, todos los hombres sin excepción perecieron; todo lo que respiraba sobre la tierra murió; Dios destruyó todo lo que subsistía sobre el globo; desde el hombre hasta el último animal todo fué aniquilado: solo se salvó Noé y los que con él estaban en el arca. » Aun cuando el escritor sagrado hubiera apuntado todas las expresiones de su lengua, no hubiera podido expresar con mas energía la universalidad de la inundación y sus efectos sobre toda la superficie del globo terrestre.

Moisés atestigua mas y mas esta verdad al referir el fin del diluvio y lo que á éste se siguió: dice, c. 8, v. 5: que hasta el día primero del décimo mes no comenzaron á aparecer las cimas de las montañas; v. 17 y c. 9, v. 1 y 7: Dios habla á Noé y sus hijos como á los únicos hombres que aun subsistian en la tierra; repitiéndoles las mismas palabras que habia dicho á Adán y á su esposa en el momento de la creación. « Creced, multiplicaos, poblad la tierra, dominad á los animales, etc. » v. 11 y 13: « No se verá ya un diluvio que desole la tierra, y destruya toda carne; » v. 19, añade el historiador que los tres hijos

de Noé son el tronco de donde ha salido todo el género humano disperso por toda la tierra; y c. 10, expone la parición que hicieron entre sí los descendientes de Noé de toda la tierra habitable.

Cuando un escritor se conduce con tanta precaución, reúne todas las circunstancias que pueden fijar el sentido de la narración; sostiene el mismo tono del principio al fin sin dar ninguna señal de exageración; no teme ser contradictorio: serian necesarias fuertes demostraciones para combatirlo, para atreverse á acusarle de haber forjado un suceso tan sorprendente, ó de no haberle referido con fidelidad.

No faltará quien objete que en la Escritura Sagrada, aun en el nuevo Testamento, estas palabras, *toda la tierra, todo el globo, todo el universo*, no deben tomarse siempre en todo su rigor; que muchas veces significan solamente una comarca, un pais, un imperio. En el *Gén.*, xii, 14, se dice que el hombre reinaba en el mundo entero, *in universo orbe*: es decir, en todos los países vecinos á la Palestina. *Es-ther*, ix, 28, *todas las provincias del universo* no significan mas que todas las provincias del imperio de Asiria, etc. No se puede pues concluir de las palabras de Moisés la universalidad del diluvio.

Respuesta. No se puede negar que estas mismas palabras no signifiquen muchas veces el mundo entero. Cuando el profeta rey dice, *Ps.* xxiii, 1: « Del Señor es la tierra y todo lo que ella abarca, el universo y todos los que en él habitan; » *Ps.* lxxix, 12, *mía* es la tierra y todo lo que abraza, dice el Señor. *Ps.* xcvi, 7, que el mar y cuanto contiene, que el universo y todos sus habitantes se muevan delante del Señor, etc., no designa ciertamente una comarca particular; pudiéramos citar cien ejemplos semejantes. Es necesario pues juzgar del verdadero sentido del autor sagrado por las circunstancias y por el contexto de la narración. Ahora bien; Moisés no dice solamente que *toda la tierra* fué inundada, que *todo el globo* fué sumergido, sino que fueron cubiertas de agua las montañas mas altas que ha habido debajo del cielo; que el agua se levantó quince codos sobre las cumbres mas elevadas, y que no comenzaron á aparecer hasta el décimo mes. Añade que pereció todo cuanto respiraba debajo del cielo, todos los animales que viven sobre la tierra, sin exceptuar las aves; que solo se conservó Noé, su familia y todo lo que habia en el arca. Todo esto sería absolutamente falso, si redujésemos la cuestión á un diluvio particular; por mas extenso que hubiera po-

dió ser; no era entonces el caso de usar de ninguna exageración: Moisés era historiador, y no poeta ni orador: se le debe pues entender de un diluvio universal.

Los que quieren limitar la significación de estas palabras, no advierten que un diluvio particular, capaz de producir todos los efectos que cuenta Moisés, lo creemos tan naturalmente imposible como un diluvio universal. ¿Supondremos por ejemplo que solo se verificó en la Mesopotamia? Para que sea verdadera la narración de Moisés, es indispensable que las aguas hayan sobrepajado quince codos á la cima del monte Ararat, uno de los mas elevados de la tierra, y á toda la cadena de montañas de la Gordiana. Mas no han podido llegar á esta altura sin derramarse hacia los cuatro mares vecinos, que son: el mar Caspio, el Ponto Euxino, el Mediterráneo y el gó Persico; por consiguiente hacia todo el Océano. Por otra parte, las aguas de los mares no han podido amontonarse sobre una comarca determinada de la tierra, sin perder su nivel, sin destruir la redondez del globo, y sin alterar su equilibrio y movimiento. En este caso hubiera sido necesario que Dios hubiera mudado de su lugar el eje de la tierra, conforme suponen que lo hizo para producir el diluvio universal. Cuando hay, pues, necesidad de recurrir á la omnipotencia divina y á un trastorno de las leyes físicas del mundo, no ha costado mas á Dios el inundarle todo entero, que el sumergir una sola parte de él. En cualquier punto del universo que se suponga haber sucedido un diluvio capaz de sobrepajar quince codos á las montañas mas altas, se cae en el mismo inconveniente. Otra vez lo decimos, ó la narración de Moisés es absolutamente falsa, ó es enteramente verdadera en toda la extension que pueden tener las palabras.

La segunda prueba de la universalidad del diluvio es el testimonio de la historia profana y de los escritores de las naciones. El sabio Huét reunió cuanto estos dijeron, *Quest. A-ntiq.*, l. 2, c. 12, § 3.

Josefo, Ensebio, Alejandro, Polyhistor y El Syncello, segun Berossus y Abydénus, refieren la tradición de los asirios y caldeos acerca del diluvio, la cual concuerda exactamente con la historia de Moisés. Abydénus nombra *Xisuthrus* el patriarca que fué salvado de las aguas con su familia en un arca construida de intento, en virtud de una orden del cielo. Es indiferente el nombre del personaje principal, siendo la historia la misma. Abydénus no olvidó la circunstancia de las aves soltadas despues del diluvio, para saber si la tierra se ha-

bia secado, ni el sacrificio ofrecido por Noé ó *Xisuthrus* al salir del arca. Si este historiador no hubiera mezclado en su relacion ideas de politeísmo y circunstancias fabulosas, se creeria que habia copiado á Moisés. Eusebio, *Preparat. evang.*, l. 9, c. 11 y 12; El Syncello, p. 30 y sig.; S. Cirilo *contra Juliano*, l. 1. Josefo cita tambien las antigüedades fenicias de Jerónimo el Egipcio, Maseas y Nicolás de Barnasco. *Antiq. Jud.*, l. 1, c. 3. La tradición de haberse parado el arca en los montes de Armenia permanece constante entre los pueblos circunvecinos.

La creencia de un diluvio universal no estaba menos establecida en Egipto. Preguntando Solon á algunos de sus filósofos sobre sus antigüedades, le respondieron estas notables palabras: « Despues de ciertos periodos de tiempo, una inundación, enviada del cielo, cambió la faz de la tierra; el género humano pereció muchas veces de diferentes maneras: hé aqui por qué la nueva raza de hombres deja monumentos y conocimientos de tiempos pasados. Platon, en el *Timeo*. El autor de la *Historia verdadera de los tiempos fabulosos*, l. 1, p. 125 y 126, nos parece haber probado demostrativamente que la historia de Menés, que se supone haber sido el primer rey de Egipto, no era otra que la de Noé y la del diluvio.

*1º Los egipcios han podido poner á Noé á la cabeza de sus reyes, como han hecho otros pueblos.

2º El nombre de Menés, Minas ó Ménas, se forma naturalmente del de *Né*, Noé, ó *Miéc*, que significa igualmente *reposo*.

3º Menés fué el primero que reinó; como Noé fué en efecto el primer soberano despues del diluvio.

4º En tiempo de Menés se habia inundado todo el Egipto, á excepcion del territorio de Tébas; como fué sumergida la tierra en tiempo de Noé, de cuya sumersion solo se libró su arca, en hebreo *thbe*.

5º Todo Egipto estaba antiguamente comprendido bajo el nombre de Tébas, asi como todo lo que debia volver á poblar el mundo se hallaba encerrado en el arca ó *thbe*.

6º Los tebanos decian que eran los hombres mas antiguos, de la misma manera que los primeros hombres fueron los de la *thbe* ó arca.

7º Se construyó en Tébas un navio grande de trescientos codos; como la *thbe* ó arca tuvo el mismo número de codos.

8º Algunas palomas se escaparon de Tébas, lo mismo que Noé hizo que marchara muchas veces una paloma de la *thbe* ó arca.

9º Los animales se formaron de repente en Egipto, y sobre todo en el país de Tebas, así como los primeros animales fueron los que estuvieron en el arca ó *thebe*.

10º Los tebanos se gloraban de haber sido los primeros en contar los años, á la manera que el año se halla ya contado con ocasion de la *thebe* ó arca y del diluvio.

11º Menés enseñó al pueblo á ofrecer sacrificios á los dioses, como Noé los ofreció al verdadero Dios.

12º Menés fué el primer legislador, como lo fué Noé después del diluvio.

13º Menés fué el primero que empezó á introducir el lujo en la mesa, así como Noé fué el primero que tuvo licencia expresa para alimentarse de la carne de los animales, y que conoció el uso del vino.

14º Los tebanos se envanecian de haber sido los primeros que conocieron la vid, así como Noé fué el primero que la cultivó, etc.

Los egipcios, á pesar de la vana pretension con que se atribuyen una antigüedad excesiva, no han podido remontarse á mayor altura que la de esta época célebre.

La misma opinion acerca de un antiguo diluvio se encuentra entre los sirios. Estos mostraban en un templo antiguo de Juno la entrada de una caverna profunda por donde se sumieron las aguas del diluvio. Luciano, que la habia visto, dice que, segun la tradicion de los griegos, la primera raza de los hombres habia sido destruida por un diluvio; que Deucalion se habia salvado con el auxilio de un arca en la cual entró él con sus hijos y con diferentes especies de animales. Luciano, *de Dea Syria*. El nombre de Deucalion, que los griegos daban á este personaje, prueba que esta narracion no la tomaron de los libros de Moisés, como tampoco la tomaron los caldeos.

Es célebre en la historia de la China el diluvio que acació en tiempo de Yao: cuéntase en ella, que las aguas cubrieron los cerros por todas partes, elevándose por encima de las montañas, y pareciendo que llegaban al cielo. *Chou-King*, p. 8 y 9. Aunque el libro clásico de los chinos coloca este diluvio bajo el mando de Yao, aparece por otros libros que este pueblo no conocia la época cierta del diluvio, como tampoco la del reinado de Yao. *Ibid.*, *discurso preliminar*, c. 6 y 12. No pretendemos afirmar que los chinos han tenido este diluvio como universal: no tenían de él mas que una idea confusa, y no han conocido nunca otro país que el suyo en el universo; pero una inundacion de la cual se ha hablado de un cabo al otro del mundo, no puede haber acontecido en un solo país.

Segun los libros de los indios, la primera raza de los hombres fué exterminada por un diluvio. *Zour-Vedam*, t. 2, p. 206. En fin, se cree que entre los salvajes de las Antillas se ha conservado un recuerdo confuso de inundaciones antiguas, que cambiaron la superficie de esta parte del mundo. M. Bailly, en su *Historia de la astronomía antigua, explicacion*, t. 1, n. 13 y 14, hace ver que todas las naciones que tienen anales han supuesto un diluvio, que han llamado *tiempos fabulosos* á los siglos que han precedido á esta época memorable, y *tiempos históricos* á los posteriores á ella. Es inexcusable la temeridad de los incrédulos que han osado sostener que la historia profana no hace mencion del diluvio de Noé, y que solo los judios han tenido conocimiento de él.

¿Cómo ha podido extenderse esta opinion de un extremo á otro del universo? Cierto que no ha sido por la inspeccion del suelo de la tierra, ni por las diferentes capas de que está compuesta, ni por los cuerpos marinos que ella encierra en su seno; y ningun autor antiguo ha hecho uso de esta prueba, y por otra parte las tradiciones conservadas por los historiadores se remontan á mayor altura que la del nacimiento de la filosofía y de los conocimientos adquiridos por el estudio de la naturaleza. Los pueblos, pues, han sabido este acontecimiento por testimonios antiguos. Pues bien, estos testimonios no habrían podido hallarse los mismos ó idénticos en las cuatro partes del mundo, si el diluvio solo hubiera acontecido en una sola parte: en aquellos primeros tiempos los pueblos no salian de entre si mismos. Es necesario, pues, que los hijos de Noé, testigos culares de este suceso, hayan impreso la memoria de este acontecimiento en sus descendientes, en todos los sitios en que fueron dispersos.

La historia de los pueblos principales del universo solo nos es conocida de dos mil y quinientos años á esta parte, al menos en cuanto á sus acontecimientos mas notables. Desde esta época no se ha movido cuestion ninguna sobre un diluvio muy considerable que haya sucedido en ningún país del mundo. ¿Cómo, pues, ha podido imaginarse que haya sucedido uno general poco mas ó menos dos mil años mas pronto, si no ha habido nada semejante? Desde esta época ha sido constante y uniforme el curso de la naturaleza: ¿cómo, pues, ha sido interrumpido en tiempo de Noé, sino por la accion inmediata de Dios todopoderoso?

Dejamos de poner en el número de las prue-

bas históricas del diluvio los usos y costumbres de las naciones que parecen hacer alusion á este acontecimiento terrible, y han sido observados por el autor de la *antigüedad descubierta por sus usos*; porque este sistema no nos parece sólidamente establecido.

Lo que hay de cierto es que hasta el día, á pesar de todas las investigaciones y observaciones posibles, no ha podido descubrirse todavia un solo monumento, un solo vestigio de industria humana anterior al diluvio: nada se remonta mas allá; es necesario, pues, que por entonces haya sido destruido y renovado por entero el género humano, como lo cuenta la Historia Sagrada.

La tercera prueba del diluvio universal se halla en la inspeccion del globo terrestre. Se ven en las cuatro partes del mundo valles muy angostos, rodeados por una y otra parte por rocas cortadas perpendicularmente, ó por alturas escarpadas formando ángulos entrantes y salientes que dan á estos estrechos valles la figura de madre profunda de un rio. Los naturalistas están persuadidos de que estas profundidades han sido cavadas por las aguas. Así Tournefort, examinando el canal de Constantinopla, ha juzgado que este canal se formó por una erupcion violenta de las aguas de Ponto Euxino en el Mediterráneo, y otros observadores lo han comprobado como él. Segun la antigua tradicion de la Grecia, el rio Penco, henchido con las lluvias, salvó las riberas de su corriente, y separando el monte Osa del Olimpo, se abrió paso franco para arrojarse en el mar. Herodoto, teniendo curiosidad de aclarar este hecho, fué á visitar estos lugares, y se convenció á la simple vista de la verdad de esta tradicion. Lo mismo sucedió en la Boecia: el rio Colpias en los primeros tiempos hizo un rompimiento en el monte Ptois, y desmoronándose las tierras se abrió paso por una embocadura. Welher, viajero inteligente, ha reconocido por la inspeccion del lugar que debió suceder así. Las fábulas griegas atribuyen á Hércules estos trabajos de la naturaleza: él fué, segun los poetas, el que dividió las montañas de Calpé y de Abyla, es decir, las dos montañas que limitan el estrecho de Gibraltar, y el que introdujo las olas del Océano en el Mediterráneo.

Pero ni la historia ni la fábula han podido fijar la fecha de estos sucesos. Solamente la Escritura nos indica la gran revolucion que ha podido producirlos. En todos los países del mundo, sobre todo en las cadenas de montañas, se hallan estos valles muy estrechos y tortuosos rodeados de rocas de una á otra

parte; de donde se sigue que las aguas han trabajado lo mismo sobre toda la superficie de la tierra; y su efecto ha sido demasiado considerable para que sus causas sean diluvios particulares. M. de Buffon atribuye la formacion de estos vallecitos estrechos, profundos y escarpados, que son de ordinario la madre de algun rio, y que los mas tienen un curso muy dilatado, á un aplaniamiento de tierras arrastradas á los dos lados. Ahora bien; este abajamiento no ha podido hacerse sino por un movimiento violento de las aguas sobre toda la tierra, y pues que este mismo fenómeno se encuentra en las cuatro partes del mundo, no ha podido suceder sino por un diluvio universal.

En segundo lugar se ven sobre toda la superficie del globo pruebas de la universalidad de esta inundacion: á saber, una cantidad admirable de conchas, de dientes, de pescados, de huesos y de despojos de monstruos marinos que se hallan en las entrañas de la tierra á una distancia muy grande del mar, hasta á la seno de las rocas mas duras. Recórranse las montañas mas altas, los Alpes, el Apenino, los Pirineos, los Andes, el Atlas, el Ararat por todas partes, desde el Japon hasta Méjico, y se hallarán pruebas demostrativas de un trasporte de aguas de la mar sobre los lugares mas altos de la tierra. Cívese en sus entrañas, y se verá que no hay parejo ninguno de nuestro globo que no hayan trastornado las olas del diluvio. Se hallan elefantes de Asia y de Africa sepultados en la Gran Bretaña, los cocodrilos del Nilo enterrados en los campos de Alemania, las espaldas de las ballenas abismadas en el fondo de los arenales de nuestro continente, y en todas partes hojas, plantas y frutas, cuyas especies nos son desconocidas, ó no se encuentran sino en los climas mas distantes del nuestro.

Las conchas fósiles vienen ciertamente del mar: las mas frágiles están quebradas, y las mas sólidas muestran que han venido rodando: las hay entre ellas de mayor y menor tiempo, siendo unas jóvenes, otras viejas, unas muy pequeñas y otras muy grandes, cargadas de conchas parásitas. Los peces, los cangrejos, los insectos mariscos petrificados se hallan mezclados con animales y vegetales terrestres, que no subsisten en el día sino en países muy apartados de nosotros. En el norte de la Siberia se encuentra grande cantidad de marfil fósil, casi en la superficie de la tierra, y se han descubierto esqueletos enteros de elefantes en el norte de América. Algunos naturalistas dicen que el

marfil de Siberia es el producto del morso, animal marino; pero fuera de que este hueso no está suficientemente averiguado, los hechos del morso no se hallarian en las tierras á no haber sido depositados por las aguas. Pues que entre las conchas y otros cuerpos marinos fósiles se hallan hojas de árboles, plantas, frutas, madera caromida y después petrificada, es menester que el suelo del cual se sacan estas cosas haya sido habitado ó habitable, antes que se formasen las piedras que las encierran. Cartas sobre la *Historia de la tierra y del hombre*, tomo I, carta 20, pág. 326; tomo II, carta 40, pág. 247; carta 53, página 317; tomo V, carta 131, pág. 458, etc.

Muchos físicos, admirados de este fenómeno, han imaginado que estos cuerpos marinos no han sido transportados al seno de las tierras donde se hallan por una inundacion repentina, ni por un movimiento rápido de las aguas, sino por haber permanecido mucho tiempo el mar sobre nuestros continentes. Han dicho que el mar ha cubierto sucesivamente todas las partes del globo, y se ha ido retirando de allí por un movimiento insensible; que las montañas de que está erizado nuestro hemisferio en el día, han sido formadas por las aguas mientras permanecieron sobre él, que fué por espacio de muchos siglos. Pero este sistema, que no es mas que un rasgo de imaginacion, ha sido refutado sin réplica, y nosotros aduciremos en otro lugar las razones demostrativas que le destruyen. V. MAR, MUNDO.

Aunque fuese verdad que el hecho del diluvio universal no puede explicar cómo hay en las entrañas de la tierra y hasta en las cimas de los montes una cantidad tan enorme de conchas y cuerpos marinos, y cómo han sido depositados en el seno de las rocas mas duras, es tambien verdad que ninguno de los sistemas imaginados hasta el día por los naturalistas ha podido hacer que lo concibamos mejor. De nada sirven las suposiciones falsas para explicar los fenómenos de la naturaleza, siendo mas sencillo atenernos á un hecho fundado en pruebas tales como las que hemos aducido, y contra cuyo hecho no puede alegarse argumento alguno sólido.

Si la cuestion se redujese á establecer la posibilidad física del diluvio universal por las aguas que cubrian la tierra, esto se ha demostrado por medio de una maquina muy sencilla. Llénese de agua un globo de tierra que esté hueco, y mélese concéntricamente en un globo de vidrio. Apenas es agitado el primero con un movimiento de torbellino, cuando las aguas que encierra salen de sus

cavidades y llenan el globo grande de vidrio: si el movimiento se va debilitando, el agua vuelve á entrar por su propio peso. Ahora bien, el globo de la tierra tiene un movimiento de torbellino y podria girar con mas velocidad; entonces las aguas subirian impelidas por la fuerza centrífuga y contra su propio peso. La experiencia confirma esta teoria. *Explicacion fisico-teológica del diluvio y sus efectos. Diario de bellas artes, marzo 1767.*

II. *Objeciones de los filósofos incrédulos contra la universalidad del diluvio.* Antes de examinarlas y responder á ellas, conviene hacer algunas reflexiones sobre la narracion de Moisés. 1.º Este historiador no ha podido tener ningun motivo para inventar este hecho: cuanto mas sorprendente es en sí mismo y en sus consecuencias, menos lugar hay de pensar que Moisés le haya forjado. No podia esperar otra cosa que suscitar contra él á sus lectores, para con los cuales perderia todo su prestigio y quedaria desacreditada su historia: escribia además para hombres que habian sido instruidos tan bien como él por los descendientes de los patriarcas, y que no le hubieran dado fe ninguna, si jamás habian oido contar á sus abuelos los sucesos que él referia. 2.º Su estilo no es el de un entusiasta, de un poeta, ni de un romancero: no trata de asombrar, ni de hacer pomposas descripciones, ni de satisfacer la curiosidad de sus lectores: cuenta fria y sencillamente los hechos, suprimiendo muchas circunstancias que nosotros quisiéramos saber, y cuya ignorancia no nos causa ningun perjuicio: si solo intento es enseñar á los hombres á temer la Justicia divina. 3.º Era necesario que Moisés estuviese bien asegurado de que no habia sobre la tierra ningun pueblo, ningun monumento, ningun vestigio de industria humana anterior á la época del diluvio, para atreverse á afirmar que esta inundacion habia hecho perecer todos los hombres, á excepcion de Noé y de su familia, y habia mudado toda la faz del universo. Sin embargo, á pesar del deseo que han tenido los incrédulos de todos los siglos de contradecirle, nada han podido descubrir todavía capaz de convenirle de impostor. 4.º Cuando Moisés nos refiere el diluvio universal como un milagro de la omnipotencia divina, proceden muy inconsecuentes los incrédulos al oponer las pretendidas imposibilidades físicas. Dios, que ha establecido libremente el órden físico del universo tal cual nosotros le conocemos, es, sin duda alguna, muy dueño de derogarle como y cuando le plazca. Porque nosotros no vemos cómo y por qué medio tal cosa ha podido ha-

cerse, no se sigue que sea imposible, sino que nuestros conocimientos físicos son muy limitados, y que Dios no ha juzgado oportuno el hacernos tan sabios como nosotros quisiéramos. Cuando se dice que no es menester que los milagros, no se reflexiona que lo que nos parece multiplicarlos, eso mismo los disminuye de ordinario, y que Dios lo hace todo con un acto simple y único de su voluntad. Así veremos que la mayor parte de las objeciones de los incrédulos son puras suposiciones, y que es mas fácil negar que probar.

1.ª *Objecion.* No hay agua bastante en la naturaleza para sumergir todo el globo de la tierra hasta quince codos sobre las montañas mas altas. Por un cálculo medio de la profundidad del mar, parece que en lo general no se le puede suponer mayor de mil pies, habiendo sobre la tierra montañas que tienen por lo menos diez mil de altura. Serian pues necesarios diez Océanos para sumergir las montañas mas elevadas; y como la circunferencia del globo aumenta á proporcion de la mayor altura á que se supone han subido las aguas, serian necesarios veinte tantos mas de agua que la que hay en todos los mares del mundo, para que pudiera elevarse á la altura de que habla Moisés. No puede caer de la atmósfera por espacio de cuarenta dias y cuarenta noches bastante agua para suplir esta inmensa cantidad. En vano se supondría que Dios ha criado de intento estas aguas, teniendo necesidad de hacerlas desaparecer luego: Moisés no habla de este prodigio; no hace mencion sino de la lluvia y de la rotura de las cataratas del grande abismo.

Respuesta. Esta objecion, que ya se hacia en tiempo de S. Agustín, no es mas que un conjunto de suposiciones falsas. Falso es que el mar no tenga en general mas que mil pies de profundidad. No habria ninguna proporcion entre una cavidad tan ligera y la solidez de un globo que tiene tres mil leguas de diámetro. Es pues falso que haya necesidad de diez Océanos para cubrir las montañas del globo, y lo es de la misma manera que se puede calcular la cantidad de agua de la atmósfera.

«El hombre, dice un autor muy sensato, el hombre que sabe labrar sus tierras y medir un tonel de aceite ó de vino, no ha recibido una regla para medir la amplitud de la atmósfera, ni una sonda para apreciar las profundidades del abismo. ¿Para qué calcular las aguas del mar cuya extension no se conoce? ¿Para qué concluir de la insuficiencia de las aguas, si hay una masa de agua acaso

mas abundante dispersa en el cielo, etc. 2.ª *Espectáculo de la naturaleza, tomo 3, al fin.* El mismo Moisés ocurrió á esta objecion, enseñándonos que habia anegado todo el globo de las aguas, y que para separarlas todo Dios una parte de ellas en el mar, haciendo que el resto quedase suspenso, extendido en toda la amplitud de los cielos. *Gen., 1, 2, 6 y 7.* Habia pues bastante agua para sumergir la tierra toda entera.

La mayor parte de nuestros adversarios suponen que el mar es el que ha formado las montañas en su seno, llenándolas de conchas hasta la cima: cuando hacia esta operacion sobre el Chimborazo del Perú, que se eleva tres mil doscientas y veinte tocas sobre el nivel del mar, ó en el monte Bianco de los Alpes, que es todavía mas alto, ¿no tenia mas que mil pies de profundidad? Es muy singular que estos calculadores que hallan bastante agua en la naturaleza para fabricar montañas en su seno, no hallen mas para sumergirlas durante el diluvio.

Y pues que hay en la tierra montañas de mas de dos mil y doscientas tocas de altura, ¿por qué no habria en el mar iguales y aun mayores profundidades? Lo repetimos, estas alturas y estas profundidades no son mas que desigualdades muy ligeras sobre la superficie de un globo, cuya solidez tiene tres mil leguas de diámetro, y son como unos granos de pólvora sobre una bala de cañon. Con esta sola presuncion debe ser ya desechado el cálculo de nuestros físicos.

El autor de los *Estudios de la naturaleza, t. 1, p. 240* y sig., ha hecho ver que el derriumbamiento de los hielos que hay bajo los dos polos, y que cubren las altas cadenas de montañas en las cuatro partes del mundo, bastaria casi por sí solo á inundar todo el globo, con mucha mas razon cuando estas aguas se suponen reunidas á todas las de los mares, cuya extension sobrepaja con mucho á la de los continentes. Observa que Moisés pudo haber tenido en consideracion este fenómeno, cuando dijo que las fuentes ó cataratas del grande abismo se rompieron, pues que en efecto los hielos derretidos son las fuentes que renuevan continuamente las aguas del Océano y de los otros mares. Hace observar los efectos terribles que debió producir la efusion de estas aguas y el trastorno que causó en toda la naturaleza; demuestra asimismo la inutilidad de los cálculos de nuestros niños naturalistas, que no ven bastante agua debajo del cielo para anegar el globo entero, como si Dios, que ha criado los elementos con un fiat, hubie-

biese perdido desde aquel momento una parte de su poder.

Nosotros sostenemos que, partiendo de las suposiciones de nuestros mismos adversarios, se halla bastante agua para cubrir todo el globo á la altura de que habla Moisés.

Para dar razon de los cuerpos marinos que se encuentran en el seno de la tierra y sobre las cumbres de las montañas, sostienen que el mar ha anegado sucesivamente todo el globo por espacio de una larga serie de siglos; ha podido pues tambien cubrirse sucesivamente durante diez meses del diluvio. Ahora, pues, Moisés no dice que toda la tierra ha estado cubierta á la misma altura y en el mismo instante con aguas tranquilas y estancadas; nos dá á entender lo contrario. Hablando del momento en que las aguas comenzaron á menguar, nos enseña que se retiraron yendo y viniendo, *et euntes et redientes, Gén., viii, 3*; por consiguiente por un flujo y reflujo. De donde se infiere que cuando cubrieron cada parte del globo á la mayor altura, fué tambien por un flujo y reflujo y por un movimiento muy violento. Se infiere tambien que para que el texto se verifique, no es necesario suponer que las aguas se hallaron en el mismo instante al mismo grado de altura sobre los dos hemisferios opuestos: basta concebir que Dios cambió sucesivamente el punto de flujo y reflujo ó el de la mayor altura de todos los dias relativamente á las diferentes posiciones de la luna.

Así lo concibió S. Agustín. Para responder á los que no querian que las aguas hubiesen podido elevarse á una altura tan grande mencionando el diluvio, dice: «Estos hombres, que miden y pesan los elementos, y en las montañas que permanecen abanzadas hácia el cielo despues de una larga serie de siglos; ¿qué razon pueden tener para no admitir que las aguas, que son mucho mas ligeras, han hecho lo mismo por un corto espacio de tiempo?» *De civit. Dei, l. 15, c. 27, n. 2.*

Es indispensable suponer este movimiento violento de las aguas mientras el diluvio, para dar razon de los efectos que ha producido, de los vallecitos estrechos y profundos que ha cavado, de las hendiduras enormes que ha abierto, de las montañas que ha formado de materiales de diferentes especies, de los cuerpos marinos ó terrestres que ha trasportado de un hemisferio á otro; todos estos fenómenos son otras tantas pruebas del movimiento impetuoso de las aguas que Moisés tuvo el cuidado de hacernos observar.

¿Qué cosa ha sido necesaria para esparcir

sobre nuestro continente todas las aguas del Océano? Cambiar el eje de la tierra, y por consiguiente el centro de gravedad. Desde este momento el lecho del Océano, que es el sitio mas bajo del globo, ó el mas próximo á su centro, se ha puesto mas alto, y el suelo que nosotros pisamos ha quedado mas bajo: lo que resta se sigue de las leyes de la estática. Nuestros mismos adversarios se ven obligados á admitir un cambio del centro de gravedad en el globo, por lo menos un cambio lento y sucesivo, cuando quieren persuadir que el mar ha cubierto sucesivamente todas las partes de la tierra habitable, y formado las montañas, etc., y que esta mudanza del mar dura todavía, lo cual es absolutamente falso. V. Mar.

2.ª *Objecion.* La suposicion de un diluvio universal no basta para hacernos concebir cómo las aguas del mar han podido trasportar una cantidad tan enorme de conchas y cuerpos marinos á todos los continentes, colocarlos en la tierra á una profundidad tan considerable, levantarlos hasta la cima de las montañas, y hacerlos penetrar en el corazon de las rocas. No puede explicarse este fenómeno, sino suponiendo que el mar ha cubierto sucesivamente los dos hemisferios durante una larga serie de siglos, y que las montañas se han formado en su seno.

Respuesta. Ya dejamos dicho, y lo probaremos en su lugar, que es falsa la mudanza sucesiva del mar, contraria á todas las leyes de la física, contradicha por las observaciones de los naturalistas sobre la estructura de las montañas, y que es imposible que hayan sido formadas en el seno de las aguas. V. Mar.

En segundo lugar, aun admitida esta hipótesis, no nos haria concebir cómo han podido trasportados á nuestras tierras los animales, las plantas y las conchas de las Indias ó de la América; esta trasportacion no ha podido verificarse sino por un movimiento de las olas violento y repetido muchas veces, tal como ha debido acontecer en el diluvio. Esta misma suposicion no puede explicar cómo y por qué, en una misma cadena de montañas, unas son enteramente de arena pura, de granito, de piedra, de arcilla y de materias vitrificables; otras de lodo compuestas de mármoles y de materias calcáreas; por qué hay ordinariamente en estas conchas y cuerpos marinos, y por qué no se hallan nunca en las otras, al mismo tiempo que las capas de las piedras están puestas horizontalmente como las de los mármoles. Tampoco nos enseñará aquella suposicion, por qué en las capas de marga no se ven mas que una ó

dos especies de conchas, mientras que de otras se hallan en las capas de piedras ó tierras vecinas; por qué las canteras de una provincia están como rellenas de caracoles pequeños, sin encontrarse ninguno grande, mientras que en otros distritos hay una infindad de caracoles grandes y ninguno pequeño; por qué ciertas especies de conchas no se encuentran mas que entre piedras de cierto grano, al paso que no hay ninguna en las capas vecinas y contiguas que son de un grano diferente; por qué en algunos parajes se ve mucho la especie de los equinos que viven en el mar Rojo, y ninguno de los que hay en otros mares, etc. Hay otras muchas observaciones que hacen sobre las conchas y las petrificaciones, que nuestros naturalistas no han hecho todavía, y que nunca llegarán á explicar.

En tercer lugar, si la mar hubiera cubierto el globo sucesivamente y por un movimiento imperceptible, esta mudanza no hubiera destruido la raza de los hombres, no hubiera hecho mas que trasportarlos. Acometidos los pueblos en el Oriente por la mar, hubieran retirado sus poblaciones hácia el Occidente, sin que su traslación hubiese destruido ni los conocimientos ni los monumentos de la historia de los siglos precedentes. Sin embargo, nada se ve en el mundo que sea anterior á las épocas marcadas por Moisés. ¿Por qué la historia, los monumentos, las artes, las ciencias, las tradiciones, el estado de la civilizacion de los pueblos se hallan en consonancia para atestiguar la novedad del género humano? Los tártaros, los chinos, los indios, los pueblos mas orientales, cuya antigüedad tanto se nos exagera, no tienen ninguna nocion acerca de los progresos de la mar sobre su continente; jamás han oido decir á sus padres que sus poblaciones estaban en otro tiempo mas cercanas al mar, y nosotros, que componemos los pueblos occidentales, no vemos vestigios algunos de las conquistas que nuestro continente haya hecho sobre las olas del Océano.

No es de admirar que, examinando las diferentes circunstancias del diluvio, no puedan explicarse todos los hechos particulares. En un trastorno, tal como el que debió suceder por una inundacion tan fuerte y tan repentina, no podian menos de acontecer fenómenos singulares é inconcebibles. En las mismas inundaciones particulares hay muchas veces circunstancias cuyas causas inmediatas y el modo con que se han obrado sus efectos se verian los físicos muy embarazados para explicarlas. Cuando se han visto en las mon-

tañas los destrozos terribles que un solo torrente puede causar, no hay que admirarse de lo que ha debido suceder durante el diluvio. Este grande acontecimiento puede solo explicarse por los hechos tomados en masa, aunque no se pueden seguir en su pormenor los diferentes fenómenos. *Cartas americanas, cartas 4 y 5.*

3.ª *Objecion.* Es imposible que Noé haya podido reunir todas las especies de animales que viven sobre la tierra; que los de América hayan podido volver á las llanuras de Mesopotamia: el que llaman *ai* ó el *perezoso* hubiera tardado veinte mil años en llegar, dado caso que hubiera podido hacer el viaje por tierra. Es imposible que el arco, segun las dimensiones que Moisés le da, haya contenido la familia de Noé, todas las especies de animales, y todo lo que necesitaba para alimentarlos por espacio de diez meses; las yerbas para los cuadrúpedos, los granos para las aves, las viandas para alimentar á los animales carnívoros. Muchos no pueden vivir sino en ciertos climas, porque no se encuentran en otra parte los alimentos convenientes. Es imposible que al salir del arca hayan hallado con qué alimentarse, habiendo debido perecer durante el diluvio las producciones de la tierra. En fin, ello es que la América, despues de esta inundacion, se ha vuelto á poblar de hombres y animales; ella está separada de todos los continentes por un largo trecho de mar: ¿por qué medio han podido franquearlo los hombres y los animales? Es necesario pues multiplicar al infinito los milagros para creer estos hechos.

Respuesta. Aun cuando fuese necesario admitir todavía un número mayor, la obstinacion de los incrédulos no sería menos ridicula. Hemos convenido ya en que el diluvio con todas sus circunstancias no ha podido suceder naturalmente. Dios, que ha querido obrarle, se ha encargado sin duda de la sustancia del hecho y del modo, de la causa y de los efectos. Los milagros no le cuestan mas trabajo que el curso ordinario de la naturaleza, pues él es el que lo ha hecho todo segun su beneplácito, y consolou un acto de su voluntad. Sin duda no es mas difícil á Dios el conservar los animales y las plantas que el producir las: el reunir los animales desde las extremidades del mundo, que el darles el poder de marchar. Parecemos que hubiera sido mas sencillo que Dios hiciese morir en una sola noche á todos los hombres y animales, que enviar un diluvio sobre la tierra: hubiera podido cambiar de cien modos la faz del mundo, de los cuales ni aun

siquiera tenemos idea, y le preguntaremos: ¿por qué no ha adoptado un medio antes que otro? De cualquiera manera que hubiese obrado, los espíritus siniestros, los filósofos porfiados y encaprichados siempre hallarían algo que oponer. Es muy extraño que estos pretendidos sabios, incapaces de dar razón de los fenómenos mas comunes, exijan que les demos una cuenta tan exacta de las operaciones extraordinarias de Dios, como si nosotros hubiésemos asistido á sus consejos eternos.

4 Ellos ignoran, lo mismo que nosotros, cuáles son los animales que pueden vivir mucho tiempo en el agua, y cuales los que fué necesario absolutamente encerrar en el arca. Se ven muchos que permanecen seis meses en la tierra sin respiracion sensible y sin movimiento, los cuales sin embargo reviven en la primavera. Se ha encontrado en los lagos del Norte, bajo los hielos del invierno, una multitud de golondrinas pegadas unas á otras, en las cuales quedaba un germen de vida, dispuestas á reanimarse con el calor. Habiendo algunos árboles gruesos, y partiendo grandes masas de piedra, se han hallado ranas que habian vivido por espacio de muchos años sin ningún exterior. Guardemos á que la naturaleza sea mejor conocida antes de decidir lo que se puede hacer sin milagro.

5 En el artículo Arca de Noé, hemos hecho ver que, segun los cálculos de muchos sabios, y segun las dimensiones dadas por Moisés, habia en ella espacio suficiente para habitar todas las especies de animales conocidos, con la cantidad de alimentos necesarios para sustentarse. Pero no hubo necesidad de reunir todas las variedades de esta especie, pues que está probado que la mayor parte han cambiado prodigiosamente por la diferencia de los climas adonde los animales fueron á habitar, y por la diversidad de alimentos á que se acostumbraron. Así es que, segun las observaciones de Mr. Buffon, un solo par de perros ha podido ser el tronco de treinta y cinco ó treinta y seis órdenes ó variedades de perros. El oso en los hielos del Norte vive del pescado, mientras en otros puntos come vegetales: lo mismo podría suceder con la mayor parte de los animales carnívoros, de los cuales hay muy pocos que no pudiesen cambiar de alimentos en caso de necesidad. Esta es una observacion que no han hecho los que han contado las especies de animales que ha sido necesario encerrar en el arca, y los alimentos que era menester darlos. Es falso

que las producciones de la tierra hayan debido perecer durante los diez meses del diluvio.

6 No hay necesidad de milagro para enseñar á las aves nacidas en el Norte que deben partir de allí hácia el fin del otoño, para ir á un clima mas cálido, sin perjuicio de vivir á volver á la primavera siguiente: aunque los otros animales hubieran hecho una vez lo que las aves hacen todos los años, este fenómeno no seria milagroso, aun cuando no sucediera ordinariamente. Nosotros no sabemos si antes del diluvio estaba separada la América de otros continentes, como se cree que lo está en el día.

7 Aun en el estado actual, es falso que esta parte del mundo no haya podido naturalmente repoblarse de hombres y animales. No es mas difícil concebir cómo han podido ser llevados allá, que cómo pudieron pasar de una á otra isla. Se sabe que los animales atraviesan á nado muchas veces un espacio de mar muy considerable, y las corrientes han podido internarlos mucho mas adentro del punto adonde deseaban ir. Está probado por los últimos viajes de los dinamarcueses á la Islandia, que el mar atrae allí maderas que han salido de los bosques de América, y que conduce tambien enormes témpanos de hielo, sobre los cuales han ido los osos. No hay pues animal alguno que no haya podido ser trasportado lo mismo de un hemisferio á otro. Los nuevos descubrimientos que los rusos é ingleses han hecho mas allá de Kamshatka, de muchas islas y tierras que se extienden hasta la parte oeste del continente americano, quitan toda duda sobre la posibilidad de la comunicacion, y estos descubrimientos se confirman de día en día con nuevas relaciones. V. AMERICANOS, ASIÁTICA.

8 Objecion. ¿De qué ha servido el diluvio? dicen los incrédulos. ¿No le era mas fácil á Dios cambiar con su omnipotencia las disposiciones criminales de sus criaturas, que sumergir el globo y trastornar la naturaleza? Esta revolucion terrible no ha corregido á los hombres; apenas comenzaron á multiplicarse, cuando se hicieron idolátras, injustos, encarnizados en destruirse: á pesar de sus rigores, Dios fué despreciado y ultrajado. ¿Puede reconocerse en esta conducta un padre sabio y todopoderoso?

Respuesta. Este antiguo argumento de los maniqueos puede aplicarse á todas las circunstancias en que Dios ha permitido los crímenes, suponiendo que Dios, despues de haber criado al hombre libre, no ha debido nunca permitir que abuse de su libertad: esta es una inconsecuencia palpable. S. Agust.,

contra adv. legis et prophet., 1, c. 16 y 21.

Es otro absurdo suponer que una cosa es mas fácil ó difícil á Dios que otras. ¿Le ha costado mas el interrumpir algunas veces el curso de la naturaleza, que el establecerle en el momento de la creacion?

Cambiar por un acto de omnipotencia las disposiciones criminales de todos los hombres es un milagro obrado sobre los espíritus, como el diluvio es un milagro obrado sobre los cuerpos. Es contrario al curso de la naturaleza el que todos los hombres se hallen en un momento con las mismas disposiciones de entendimiento y de corazon; que sean dóciles á la misma gracia, y cambien por igual sus hábitos y costumbres. No se probará jamás que Dios deba hacer este milagro mejor que otro.

Algunos incrédulos replican que hubiera sido mas útil al hombre estar privado del libre albedrio que poder abusar de él. Pero un ser privado del libre albedrio seria tan incapaz de la virtud como del vicio: si enlonces se hallase con disposiciones criminales, solo Dios seria el autor del crimen; y no se le podría imputar al hombre. Falta probar que Dios estaba obligado á seguir un plan que debia ser mas útil á las criaturas, y por consiguiente el concederles el bien mayor que les podia hacer; y esto es caer en contradiccion respecto de un Ser todopoderoso. Véase BIER, MAL.

Es falso que el diluvio haya sido enteramente inútil. Los vestigios que de él subsisten hasta el fin de los siglos servirán siempre para probar contra los incrédulos dos grandes verdades, á saber: que hay una Providencia y una justicia divina, y que Dios, cuando le place, puede hacer milagros. La corrupción y la maldicia porfiada del hombre sirve para demostrar otra verdad, á saber, que es libre, que puede cuando quiere resistir á los castigos, lo mismo que á los beneficios. Indican homenaje los incrédulos á estas dos verdades, renuncian á sus errores, y desde aquel momento estará probado que no es inútil el diluvio, pues que habrá servido para convertirlos.

III. Extravagancia de las opiniones de los filósofos acerca del diluvio. Un corto número de ellos han mirado este hecho milagroso como inauditable; los otros, antes que admitirle, han dado mil rodeos de diferentes maneras. Han comenzado á escudriñar todos los monumentos de la historia, los anales de todas las naciones, de los chinos, de los indios, de los caldeos y de los egipcios. Véase CHINA, ETRUSCOS, INDIOS. Han cantado el triunfo cuando han creído descubrir alguna fecha ó alguna observacion que se remontaba mas alto que la del diluvio. Refutados en todos los descu-

brimientos de este género, han recurrido á la física para echar por tierra los documentos de la historia. Al presente nos vemos obligados á seguirlos en las entrañas de la tierra, en la cima de las montañas, en las costas de los mares, y bien pronto nos conducirán acaso con ellos á los cuerpos celestes. En esta nueva carrera, ¿estarán de acuerdo consigo mismo mejor que lo estuvieron antes?

Los unos niegan lo que los otros se esfuerzan en probar; estos juegan verosímil lo que aquellos hallan absurdo. De aquí proviene haber cambiado de opinion mas de una vez acerca del diluvio, ó el haber opuesto á sus circunstancias fenómenos que las justificaban. Algunos han querido mas suponer muchos diluvios particulares, que admitir uno solo general; pero no han podido citar ninguna causa natural que haya sido capaz de producirlos. Despues de haber disputado mucho tiempo, la mayor parte han convenido en suponer que las aguas del mar, por un movimiento insensible de Oriente á Occidente, han cubierto sucesivamente todas las partes del globo terrestre, haciendo asiento en él por espacio de mucho tiempo para formar en su seno las montañas, y para llenar de conchas y cuerpos marinos toda la superficie del suelo hasta una profundidad muy grande, y que así estas conchas no provienen del diluvio. Este es el sistema que parece prevalecer en el día entre muchos físicos.

M. de Luc, que ha recorrido con ojos observadores las principales cadenas de montañas de Europa, ha probado la falsedad de este pretendido movimiento insensible del mar, haciendo ver que esta mudanza sucesiva de las aguas del Océano se ha supuesto sin causa; que es contraria á las leyes generales del movimiento; que no puede dar razón de la formación de las montañas, y que está en contradiccion con todas las observaciones. Ha demostrado que hay sobre el globo montañas de dos especies, una que él llama *primarias*, á cuya formacion en nada han contribuido las aguas, y están compuestas de materias vítrificables; á que mediante la fundicion pueden cambiarse en vidrio, como son el pórfido, el granito, el guijarro, la piedra de arena, la marg para materias todas que no están dispuestas en capas sino en montes y al desorden, entre los cuales no se halla ningún cuerpo marino. Las otras, que él llama *montañas secundarias*, están formadas de materias calcáreas dispuestas por capas, colocadas horizontalmente, entre las cuales se encuentran conchas y cuerpos marinos que indican por lo tanto que han sido formadas por las aguas del mar.

Está observado que estas montañas secundarias se hallan por lo mismo mezcladas entre las montañas primitivas, y parecen compuestas de los despojos de aquellas. Así que el sistema que atribuye la formación de las montañas en general á las aguas del mar, se encuentra ya plenamente refutado, y es un hecho que el mismo M. Buffon se ha visto obligado á reconocer contra su primer modo de pensar, pues que en sus *Épocas de la naturaleza* ha distinguido también dos especies de montañas en lugar que en su *Teoría de la Tierra* las creía formadas en general por las aguas.

Convienen, pues, estos dos grandes físicos en suponer, que las aguas han permanecido sobre nuestro hemisferio muy largo tiempo para fundar entre las montañas primitivas las montañas secundarias. Pero M. de Luc sostiene y prueba que el mar no se ha retirado de encima de nuestro continente por un movimiento progresivo y lento de las aguas, sino violentamente según debió suceder en el *diluvio*. Según esta hipótesis, el suelo que nosotros habitamos en el día, no es el que habitaban los hombres antes del *diluvio*: Dios le destruyó por la inundación, y Moisés lo dió así á entender cuando puso en boca del Señor estas palabras: *Yo destruiré los hombres con la tierra. Gén., vi. 13.*

Si nos es permitido contradecir á hombres tan doctos, observaremos que las palabras del texto pueden significar solamente, *yo destruiré los hombres sobre la tierra*: este sentido parece el mas verdadero, pues en la descripción del paraíso terrenal, Moisés nombra cuatro ríos grandes que subsisten todavía despues del *diluvio*. No es pues absolutamente verdadero que los hombres antediluvianos hayan habitado un suelo enteramente diferente del que vemos en el día. Por otra parte la suposición de montañas de agua formadas por las aguas del mar, de cualquiera manera que sea, no nos parece ni probado ni probable.

1.º No está probado que las materias vitrificables (simplamente vitrificables por medio de la acción de las aguas puedan mudarse en materias calcáreas; lo contrario nos parece que suponen todos los físicos: no se puede pues percibir que de los escombros de las montañas primitivas compuestas de materias vitrificables se hayan formado las montañas secundarias de materias calcáreas: habrían quedado allí por lo menos algunos montones de arena pura: ahora bien; se conocen cadenas enteras de montañas en las cuales no se halla nada de arena, tales como el monte Jura. 2.º En toda la cadena de los Vosges, que es bastante larga y toda compuesta de mate-

rias vitrificables, no se han observado todavía montañas compuestas ó mezcladas de materias calcáreas. Si nunca hubieran estado cubiertas por el mar, las aguas hubieran debido trabajar allí como en cualquier otro punto. 3.º En un partido de los Vosges las canteras de piedra de arena están tendidas en capas tan regulares y colocadas tan horizontalmente como los bancos de piedras calcáreas en otros sitios; algunas aun se alzan en hojas bastante delgadas: esta posición no prueba la operación de las aguas. 4.º El porfido de Egipto, materia vitrificable, que está extendida en capas, parece á muchos físicos erizado de puntas de esquinó: si ha sido formado por las aguas, su naturaleza no ha cambiado por eso, porque no han podido hacerse calcáreas. 5.º No es posible que las aguas hayan podido disponer las materias de las montañas en capas perfectamente horizontales hasta la cumbre. Se concibe acaso que las aguas hayan colocado las primeras capas de las montañas? Antes bien desde que la superficie de una cama ha comenzado á hacerse convexa, es necesario que la convexidad de las siguientes se aumentase todos los días para formar por último una cima de montañas aislada ó un cono; sin esto no se hallaría ninguna en forma de pico ó de terron de azúcar.

De todo esto concluimos, que es mucho mas sencillo atenernos al hecho del *diluvio* universal atestiguado por la Historia Sagrada, confirmado por la antigua tradición de los pueblos y por la inspección del globo, que recurrir á hipótesis muy inciertas que no pueden dar razón de todos fenómenos. No estamos dispuestos á condenar los esfuerzos de los físicos para explicar la narración de los libros santos y para que concuerden en cuanto es posible con las observaciones de la historia natural; por el contrario les aplaudimos, aun cuando sus hipótesis nos parezcan insuficientes y defectuosas. Pero no puede censurarse bastante el encaprichamiento de los incrédulos, que están siempre dispuestos á abrazar ciegamente un sistema en cuanto les parece que contradice á la Historia Sagrada. En ninguna ocasión han manifestado mas esta disposición viciosa que cuando se ha tratado del *diluvio*.

Dimeritas. V. APOFINARISTA.

Dimesas. Congregación de mujeres establecida en el estado de Venecia. Tuieron por fundadora á Dejanira Valmarana, en 1572. Admitían solteras y viudas, pero era preciso que estuviesen libres de todo empeño, aun de la tutela de sus hijos. Tenían propiamente hablando cinco años de pruebas; no hacían ningún voto; iban vestidas de negro ó de una

tela oscura, y se ocupaban en enseñar el catolicismo á las niñas, y servir á las mujeres en los hospitales.

Diócesis. Es la extensión de la jurisdicción de un obispo. Aunque la división de la Iglesia cristiana en diferentes *diocesis* sea un objeto de disciplina, parece que es de institución apostólica. Véase APOSTÓLICO. S. Pablo prescribe á su discípulo Tito el establecer pastores en las ciudades de la isla de Creta, y aunque los designa bajo el nombre de *presbíteros*, siempre se ha entendido que eran obispos. *Tit., i. 5.* Esta división era necesaria para que cada obispo pudiese gobernar y conocer su rebaño particular, sin ser inquietado ó perturbado por otro en sus funciones. V.* CONSTITUCIÓN CIVIL DEL CLERO.

Es constante que la división de las *diocesis* y de las provincias eclesiásticas se hizo desde el principio, con relación á la división y extensión de las provincias del imperio romano, y de la jurisdicción del magistrado de las ciudades principales; esta analogía era igual bajo todos aspectos. Pero despues las circunstancias hicieron que se arreglaran de otra suerte.

La mayor parte de los críticos protestantes han disputado para saber cuál fué el principio la extensión de la jurisdicción inmediata de los obispos de Roma: disputa bien inútil, por no decir otra cosa. Aun cuando no hubiesen tenido desde el principio una jurisdicción tan extensa como luego sucedió, habria sido necesario atribuirselas para conservar un centro de unidad en la Iglesia, principalmente cuando el imperio romano se dividió en muchos reinos. Leibnitz, hombre sensato, conviene en que la sumisión de una *diocesis* á un solo obispo, lade muchos obispos á un solo metropolitano y la subordinación de todos al soberano pontífice, es el modelo de un gobierno perfecto.

Dionisio (San) Areopagita. Se dice en los *Hechos de los apóstoles*, xvii, 34, que predicó S. Pablo en la ciudad de Atenas, convirtió á Dionisio el Areopagita y á algunos otros. Eusebio, *Hist. ecclés., l. 3. c. 4, y l. 4. c. 23*, nos da noticia de que este discípulo del Apóstol fué creado obispo de Atenas, y es opinión constante que padeció martirio. Se le ha confundido por espacio de mucho tiempo con S. Dionisio, primer obispo de Paris, habiendo sostenido muchos autores que este era el Areopagita; pero en el día todos convienen en que estos dos varones no vivieron en la misma época, pues el uno murió á fines del siglo I, y el otro hacia mediados del III.

No está menos averiguado que las obras que corren con el nombre de S. Dionisio el Areopagita no son de este santo obispo de

Atenas, ignorándose cuál sea el verdadero autor. Los mismos críticos están discordes acerca del tiempo preciso en que comenzaron á aparecer: quien piensa que fueron compuestas antes del siglo IV; quien que lo fueron al principio del V; no faltando algunos que sostienen que pertenecen al siglo VI. El primer escrito auténtico en donde se hace mención de estas obras es la conferencia que se tuvo el año 532 en el palacio del emperador Justiniano entre los católicos y los severianos, citándolas estos en su favor y sosteniendo los católicos su ortodoxia; y desde aquel tiempo han alegado su autoridad muchos PP. de la Iglesia. La Croze habia pretendido probar que el autor de estas obras era Synesio, obispo de Ptolemaida; empero Brucker, *Hist. de la filosofía, t. 3. p. 307*, ha refutado esta opinión, y cree que es producción de un filósofo de la escuela alejandrina posterior á Synesio. En el oculto no fueron conocidas estas obras hasta el siglo IX. Miguel el Bègue, emperador griego, envió el año 824 á Luis el Debonario una copia de ellas, el cual las hizo traducir en latin, y han llegado á ser célebres en la Iglesia latina desde aquel tiempo; creyéndose erróneamente que habian sido en realidad compuestas por el discípulo de S. Pablo, y que era el mismo S. Dionisio, obispo de Paris. La última y mejor edición de estas obras que ha salido á luz es la de Paris, año de 1634, en dos volúmenes en folio, en griego y en latin. Se componen de cuatro tratados: el primero, de la *Gerarquía celestial*; el segundo, de los *Nombres divinos*; el tercero, de la *Gerarquía eclesiástica*; el cuarto, de la *Teología mística*; y diez cartas á diferentes personas. El mas útil es el de la *Gerarquía eclesiástica*, porque el autor refiere allí los ritos y ceremonias que estaban en uso en su tiempo, y se ve por ellas que en aquel tiempo todavía se observaba el secreto de los misterios. Hé aquí por qué este libro desagradó á los protestantes.

Pero el que mas ha exaltado la bilis de ellos ha sido el *Tratado de la Teología mística*, porque han dicho de el todo cuanto mal han podido. Si les hemos de dar crédito, el autor es un platónico fanático, que ha introducido en la teología cristiana el lenguaje ininteligible del platonismo; que en lugar de la religion razonable del Evangelio ha contribuido á que los que tienen una imaginación viva y un espíritu melancólico adopten una devoción quimérica, habiéndose llegado á persuadir que el mejor medio de elevar el alma á Dios es la extenuación del cuerpo con ayunos, vigiliias, súpplicas y maceraciones, y que la perfección